

CRISTINA Y MIGUEL

Quédense con este nombre: Miguel Herrero. Quizás le vieron participar en el concurso *Soy el que más sabe de televisión del mundo* (Cuatro), donde demostró que no ve la tele, la devora. La vive, le apasiona y le emociona. Y sabe muchísimo de ella. Bastan unos minutos para darse cuenta de que se ha hecho un máster de presentador por la patilla, pegado a la pantalla del televisor. Aprendiendo de los mejores. Por eso se comporta ante la cámara como el yerno televisivo ideal, para gustar a las madres mientras suelta guiños cómplices y gamberros para seducir al público joven. Y hasta tiene su propia coetilla (“Historia de la televisión”), que pronuncia con énfasis al compás de su dedo índice y que repite una y otra vez pidiendo guerra. Su voz, sus gestos y su saber estar son cien por cien televisivos. Y hasta al hablar recuerda al maestro Chicho Ibáñez-Serrador a quien, por cierto, guarda devoción e imita con maestría.

Me dicen que trabaja como recepcionista en un hotel y pienso que lo hace para tener algo interesante que contar en las entrevistas, cuando se convierta en la estrella televisiva que está condenado a ser. Como cuando los actores que triunfan en las series hablan en las revistas de sus tiempos sirviendo copas. Se las sabe todas este Miguel Herrero. En Castilla y León ya le han descubierto. Al chaval le han puesto en uno de esos magazines de tarde al frente de una sección nostálgica (*La tele de Miguel*) que ha convertido en el mejor y más divertido repaso televisivo de la historia catódica de España, sólo superado por aquellos mitómanos programas de Guillermo Summers e Ignacio Salas (magia televisiva). Herrero agasaja tanto a sus invitados con recuerdos de su pasado en forma de vídeos y portadas de *TP* esquivadas al olvido (todo de su colección privada), que ya



“LAS TELES PEQUEÑAS HAN DEJADO DE SER EL COTO PRIVADO DE SU COMUNIDAD”

han empezado a acudir en peregrinación viejas estrellas de la tele asombradas porque les hagan una entrevista con cariño sin que les griten, les ridiculicen o les insulten a cambio.

Junto a él se sienta Cristina Camell (quédense también con este nombre), magnífica profesional y alma máter del programa (*Somos así*), procedente del circuito territorial de TVE, que si las grandes cadenas no se hubieran abandonado a los más bajos instintos, hace tiempo disfrutaría de un programa en alguna gran cadena estatal. Pero a la espera de que no haya que despojarse de la dignidad (ni del vestido) para trabajar de presentadora en televisión hace guardia en una garita autonómica presentando uno de esos deliciosos magazines que antes las grandes televisiones reservaban a sus mejores profesionales (Jesús Hermida es el gran ejemplo) y que hoy, simplemente, han dejado de existir. Excepciones excepcionales como ésta al margen.

Gracias al cable, el satélite e internet las teles pequeñas han dejado de ser el coto privado de su comunidad autonómica. La banalización y el mal gusto de las grandes han obligado a muchos espectadores a buscar refugio y descubrir, tantas veces en el más inesperado punto del mapa, unos programas y unos profesionales que te reconcilian con el medio. La televisión sin fronteras es hoy más realidad que nunca. Y mientras, alguien sigue empeñando en poner puertas al monte de la TDT para vetar la emisión en Navarra de ETB.



[ILUSTRACIÓN: DELKO]